

ARIEL MAGNUS

EINSTEIN EN UN QUILOMBO



Para nosotros, físicos creyentes, la distinción entre
pasado, presente y futuro es solo una terca ilusión.

Albert Einstein

No deberíamos pedir pruebas externas;
con la razón es suficiente.

Hercules Poirot

Esta de aquí es una fotografía para leer.

Siegfried Lenz

(Einstein cruza el Elba en Hamburgo)

1

La otra Elsa

Vemos, o leemos, según nos atengamos a la foto o al epígrafe que la explica, al “eminente hombre de ciencia sonriendo a los fotógrafos en momentos de abandonar el barco que lo trajo a nuestra capital”. Lleva un sombrero de color claro, el corbatín apenas fuera de lugar y el traje gris de tela liviana, abotonado hasta el pecho, que también lucirá, invariablemente arrugado, en las reuniones informales, en sus actividades recreativas y aun el día en que vuelva a subirse al barco, de aquí a un mes. En el bolso que cuelga de su mano, única pieza de equipaje aparte del violín, lleva un traje más, elegante y con chaleco, que ha de estrenar mañana en el Colegio Nacional Buenos Aires, y que seguirá vistiendo en las demás recepciones con que será agasajado, o más bien abrumado, aunque solo hasta que le llegue el momento de ser abrumado por las despedidas. Dos piezas de vestuario para un mes de estadía pueden parecerle un número escaso a una persona preocupada por su apariencia, o incluso por la apariencia de los otros, pero para el que debía usarlos, que era todo menos una persona preocupada por eso (la ropa, no los números), dos trajes resultaban uno de más.

Rodean al genio de la física, igual de sonrientes en la templada mañana de este veinticinco de marzo de 1925, los miem-

bros de la comitiva que fueron a recibirlo a Montevideo, adonde el *Cap Polonio* hizo escala luego de pasar por Río. Se han quitado los respectivos sombreros a fin de lucir frente a las cámaras sus cabelleras lisas y brillantes, lo que hoy llamaríamos “engominadas”, aunque decirlo para esta mañana sería incurrir en anacronismo. Son tantas las cabezas anfitrionas destapadas para la foto a la altura de su nariz que el extranjero difícilmente haya dejado de oler, con una pureza que acaso no se manifestara antes, lo inaudito del aroma que emana de ellas. El fijador de cabello, suponemos que el de Brancato, el mismo cuyo nombre comercial, convertido ya en sustantivo común, fijaría más tarde menos un producto que toda una época, al punto de llegar hasta el diccionario de la Real Academia, aun cuando en su etimología siga sin consignarse que se trata de un invento argentino, tan nuestro como la picana eléctrica; la Gomina o gomina tiene que haber sido entonces la primera impresión que Albert Einstein tuvo de nuestra república.

—¿Qué es eso que se ponen en el pelo? —preguntó hace un momento, movido por la curiosidad innata de todo científico.

—Se llama “Gomina” —le informó una de las dos cabezas que asoman a la derecha (nuestra izquierda) de la cabeza más célebre de todos los tiempos.

Elsa Jerusalem era austríaca, pero hacía quince años que vivía en Argentina, por lo que había sido testigo de la invención del producto y de su primero paulatina y luego galopante difusión, que hoy (por 1925) ya había propiciado las consabidas imitaciones baratas. A fin de combatir este flagelo, el inventor apelaba a cualquier estrategia publicitaria, incluidas las que podrían parecer contraproducentes, como utilizar para ello la imagen de Einstein. Una idea que tendrían varios comerciantes, aprovechando que el físico teórico, aunque tuvo la lucidez de

no dejarle a su *Teoría de la invariancia* ese primer nombre, incluyendo tal vez que “relatividad” tendría mejor marketing, no había tenido aún la idea de cobrar por los derechos de uso de su imagen, como harían en el futuro hasta los personajes literarios. Numerosos comercios intentarían aumentar sus ventas con la palabra que se asociaba instantáneamente a su cara, y aun su cara, incluyendo casas de moda en las que el modelo nunca hubiera puesto un pie: “Einstein tenía razón, todo es relativo —proclama por ejemplo Albion House, Cangallo esq. Maipú—: a pesar de ser tan grandes, no tenemos lugar para guardar los trajes de un año para el otro. Cueste lo que cueste, deben salir todos sin excepción...”. La moda publicitaria llegaría hasta los productos menos pensados, como el del farmacéutico Brancato, a pesar de que la salvaje cabellera blanca de Einstein fundó el mito de que todo genio anda despeinado o que toda persona despeinada es un genio o ya cumple con el requisito básico para serlo.

—Es como pomada para zapatos, pero con olor a repollo —agregó Elsa, para que no quedaran dudas de que compartía su repugnancia.

La imagen del repollo empomado hizo reír al huésped de honor y también a Mauricio Nirenstein, secretario de la Asociación Hebraica y catedrático de Literatura de la Universidad de Buenos Aires. Con ellos rieron los otros, que por no dominar el alemán tampoco sospechaban que eran objeto de su misma risa.

—Al menos no puede decirse que los argentinos no saben reírse de sí mismos —volvió a comentar Elsa, desatando aún más la risa de los germanoparlantes y, con ella, la del resto.

Esa cara sonriente constituye *nuestra* primera impresión de Albert Einstein en Argentina, aun cuando la foto que da testimonio de ella recién se publicaría en la revista *El Hogar* de la próxima semana. Los diarios del día siguiente, o *Crítica* de esa

misma tarde, lo retratan serio, como quizá corresponda a una eminencia de la física teórica, si bien es siempre una pena que se pierda el chiste.

La complicidad entre ambos europeos había nacido en el barco. A poco de partir, Einstein anotó en su diario de viaje que conoció a una señora de apellido Jerusalem y ese primer encuentro le bastó para definirla: “Salvaje como una pantera”. Pertenecía, según le contó junto a la piscina del *Cap Polonio*, a la primera camada de mujeres que habían sido admitidas en la universidad de Viena, en donde había cursado las carreras de literatura alemana y filosofía. Una vez egresada, había publicado su primer libro, *Venus en la cruz*, una suerte de diario íntimo o fluir de la conciencia, fragmentario y onírico, de una mujer infeliz, hija de una madre violada, que es a su vez abusada por su maestro, luego se convierte en prostituta y acaba suicidándose con una sobredosis de barbitúricos.

—Bella trama —optó Einstein por la ironía ante un argumento que le seguía pareciendo escandaloso a más de un cuarto de siglo de su publicación—. ¿Y no le trajo inconvenientes publicar eso?

—Era mi objetivo. —Elsa se corrió los breteles de su malla enteriza a fin de que el sol no le dejara marcas—. Después publiqué un panfleto a favor de la educación sexual de las mujeres, que ya tenía escrito desde antes.

Einstein asintió, sin disimular su asombro, incluso su admiración, y volvió a trabajar su pipa, que se le había apagado. Era un capricho extraño del ser humano, ese de fumar en un objeto que parecía más preparado para desalentar que para favorecer la combustión. En eso las pipas se parecían a las mujeres, pensó, ambas

exigían mucho más trabajo que el placer que luego estaban dispuestas a dar. Y, sin embargo, uno no se podía alejar demasiado tiempo de ellas.

—Pero mi gran éxito vino después —prosiguió Elsa, asombrada por la capacidad que tenía el hombre de pelo desordenado para de pronto abandonar la charla y perderse en la contemplación silenciosa de cualquier objeto, en este caso su pipa, a la que miraba como si fuera otra cosa—. ¿Nunca oyó hablar de mi novela *El escarabajo sagrado*, que ya lleva vendidos más de treinta mil ejemplares?

La exigencia de tener que aspirar en forma constante a fin de mantener encendida una pipa se repetía ahora de alguna manera en las nuevas pilas, pensó Einstein, aunque en un idioma ajeno a la similitud fonética entre ambos elementos. Según había leído en los últimos reportes sobre los avances en la materia, las pilas rendían mejor cuanto más se las usaba, una paradoja solo en apariencia, si se consideraba que el gasto de energía es una condición esencial para su producción, así como el aire mantiene vivo al fuego, aunque también sea capaz de apagarlo. El desafío del movimiento sostenido radicaba en generar mayor energía que la que se gastase en hacerlo, por más que la diferencia fuera infinitesimal, siguió pensando Einstein, que de joven lo hacía mediante fórmulas matemáticas, pero que había cedido a las frases simples y a los ejemplos mundanos desde que se viera convertido en divulgador de su propia teoría. La humanidad, nacida del descubrimiento del fuego, había concentrado sus esfuerzos en generar cada vez más y mejores fuentes de fuerza, por lo que ahora urgía aprender a almacenar y a transportar el producto, como a un fuego dentro de una pipa, sin perder en el trayecto más del que se ganaría con llegar a destino. Einstein sabía que la clave de esa energía milagrosa estaba en el movimiento de

los átomos, pero cada vez que se sorprendía pensando en ello, o cada vez que alguien se le acercaba con una idea que iba en esa dirección, y ambas cosas ocurrían con mayor frecuencia de la que hubiera querido, el científico optaba por desestimar los esbozos y las propuestas, ya fueran ajenas o propias, asustado por las consecuencias que podría acarrear su validez.

—¿Y es autobiográfico, su libro? —preguntó al percibir que la otra había terminado con su resumen, aunque percibiendo enseguida que la pregunta no había caído bien agregó—: Muy interesante. Voy a leerlo.

Unos días más tarde, el del cumpleaños número 46 de Einstein, Elsa Jerusalem les leyó, a él y al capitán, con quien ya habían compartido un largo y entretenido almuerzo (la judía, del tipo ruso, y el alemán, del Este, le parecían a Einstein, cada uno en su tipo, dos personajes de nota); les leyó y les actuó, porque además de escritora era recitadora, por llamar de algún modo lo que si hubiera nacido mucho antes denominaríamos “juglar” y si hubiera nacido un poco después denominaríamos “performer”, se ve que por el lapso de algunos siglos la figura de este tipo de actor cayó en desuso, lo cual nos pone en el brete de si definirla como una adelantada o como una nostálgica; les leyó actuando o actuó leyendo su última composición, el drama en tres actos *Lapidación en Sakya*, que Einstein evaluó en su diario como “demasiado abstracto, pero de todos modos atrapante”.

Luego de la lectura performática, el capitán bajó a la sala de máquinas y la juglar se quedó conversando en su camarote con el crítico. Para no volver a ser interrogado sobre su vida privada, a la que su compañera de viaje se creía con derecho de acceso irrestricto luego de confesarle detalles de la propia, como que estaba separada del hombre con que había emigrado a la Argentina, el Dr. Víctor Widakowich, cuya primera esposa

se había suicidado y al que ella había prohibido ver a la hija que tenían en común tras enterarse de su amorío con una alumna, del que para colmo había nacido un hijo; a fin de que la pantera no volviera a indagar en su propia situación sentimental con comentarios y bromas aparentemente inocentes, ni le siguiera publicando su vida privada por entregas, de la que por cierto poco y nada sabríamos nosotros sin la amable colaboración de sus descendientes, que accedieron a reconstruirla para esta novela relativamente biográfica, por lo que vaya con estas líneas nuestro más profundo agradecimiento; con el objetivo, entonces, de evitarse molestias, Albert Einstein se tomó la de explicarle a Elsa Jerusalem su teoría de la relatividad, célebre ya entonces porque nadie la entendía.

—Imaginemos este barco, visto desde una isla —adaptó a las circunstancias su ejemplo preferido del tren y la plataforma.

Elsa lo escuchó exponer sin prestarle mayor atención. Así como por un tiempo había sido de mal gusto admitir que uno no entendía a Einstein, ahora se sabía *a ciencia cierta* que su teoría resultaba ininteligible para el común de los mortales. Lo que entonces quedaba mal, por falso o arrogante, era argüir que se la comprendía, o incluso que se había hecho el esfuerzo de hacerlo.

La imaginación que prefirió no malgastar en el barco y la isla, en los movimientos paralelos y en los puntos de vista de los observadores y en la velocidad de la luz, Elsa la puso al servicio de los años que había tenido que pasarse ese hombre antes de que su trabajo fuera reconocido. Según le había contado el profesor Jesinghaus, con quien Einstein compartía la mesa y al que ella se había acercado en primera instancia para sondear el terreno (por eso había demorado tres días en lograr un contacto que en otras circunstancias le hubiera demandado apenas unas horas,

no se podía decir que esta vez no había andado con pie de plomo), Einstein había tenido que esperar años para que sus colegas condescendieran a estudiar su teoría y más de una década para que le otorgaran el premio Nobel. Acostumbrada como estaba al éxito instantáneo, Elsa seguía sin poder imaginar que una obra propia demorara tanto en ser percibida, por lo que ese limbo de espera no se distinguía para ella del infierno que comportaría una indiferencia perpetua. A su vez, se preguntó ahora si ese éxito postergado no sería la marca de lo que verdaderamente perdura, y si sus rápidos sucesos no se diluirían con ella aún en vida, como sentía que venía ocurriendo desde que emigrara a Sudamérica. Se había ido de Europa en su momento de mayor gloria, también por miedo a sus detractores misóginos y antisemitas, y esa pusilanimidad le había impedido disfrutarla. Desde entonces no habían abundado las oportunidades de mostrar su talento, salvo por un relato que le habían publicado en castellano y que trataba precisamente sobre una mujer que emigra a Buenos Aires, “esa ciudad enorme donde todo se adormece”. También la mujer de su cuento acababa entregada a la vida social y a sus hijos, mientras “en medio de todo esto, algo da vueltas despacio, más despacio, siempre más despacio, hasta que chirría...”.

—¿Y es autobiográfica, su teoría? —preguntó, rencorosa, cuando el científico dio por finalizada su exposición, pero al percibir que el otro no había entendido la pregunta, ni siquiera como una maldad, agregó—: Siempre me gustaron las matemáticas.

Volvieron a coincidir el martes siguiente durante los festejos por el cruce de la línea del Ecuador. Para entonces, Einstein sentía que empezaba a resquebrajarse el feliz aislamiento en el que había vivido dentro del *Cap Polonio*, alternando entre su amplio

camarote, donde escribió el discurso inaugural que nunca pronunció (y que se publicó tan tarde que aún hoy se lo conoce como “el discurso inédito”) y donde se reunía por las tardes con otros pasajeros a hacer música (“Se suda mucho, pero da alegría”, apuntó en su diario), y la cubierta exclusiva de primera clase, donde disfrutaba de su primer contacto con el clima tropical. En ambos lugares había podido reanudar casi sin contratiempos sus cálculos sobre la teoría del campo unificado de la gravitación y el electromagnetismo, la fórmula universal que tendría ocupada su mente durante todo el viaje, y hasta el final de su vida.

Una de las razones por las cuales se había embarcado, no la principal, que siempre fue un enigma para los biógrafos, al punto de que el empedernido lector puede fatigar todas las biografías de Einstein sin encontrar casi referencias a marzo y abril de 1925, pero que en cambio encontrará develado al final de esta novela relativamente de misterio; uno de los motivos que lo habían impulsado a aceptar la invitación a embarcarse otra vez en un viaje largo como los que ya había hecho a Estados Unidos y a Japón, y que se había prometido no repetir nunca más en la vida, había sido destrabar sus ideas, ponerlas en movimiento. Las circunstancias habían querido que esta vez viniera solo, además, lo que sumaba la ventaja de que podía invertir el tiempo libre en sus cálculos y meditaciones, aunque también la desventaja de no tener con quién compartir sus hallazgos. “Estar solo es bello, pero no entre muchos monos desconocidos”, anotó Einstein en su diario.

Ese “*Affen*”, que otros (Alfredo Tiomno Tolmasquim, *Einstein, o viajante da relatividade na América do Sul*, Río de Janeiro, 2003) prefieren traducir figurativamente como “zoquetes”, pero que acá asentamos de forma literal, aprovechando que en la época

que nos ocupa aún no se había inventado la corrección política; ese “monos” fue también el término que más utilizó Einstein durante la fiesta ecuatoriana, que entretuvo junto a la pantera en burlarse de los argentinos de la primera clase, todos ellos “altaneros y a la vez infantiles”. (El adjetivo que curiosamente más usarán luego los periodistas locales para describir la personalidad del visitante ilustre, aunque en forma cariñosa más que despectiva.) Nada nos gustaría más que dar a entender la fascinación de nuestro invitado de honor por el país hacia el que se dirigía, pero la realidad fáctica a la que debe subsumirse esta novela relativamente histórica, representada aquí por su diario de viaje, nos obliga a asentar que las producciones argentinas durante aquella fiesta le parecieron de una imbecilidad indecible y que las vestimentas grotescas y los modales falsamente distinguidos, de aristocracia decadente, acabaron por confirmar los temores que ya se habían despertado al segundo día de viaje, cuando el barco se vio invadido en Boulogne-sur-Mer por una horda de latinos “ruidosos y emperifollados”.

Para Elsa, que el genio de la física viera, antes aun de llegar, todo lo que ella había demorado años en percatarse, era la primera muestra concreta que le daba ese hombre de su alto grado de inteligencia. Ese día, con esa prueba, pudo terminar de admirarlo, la única forma que Elsa conocía del amor, al menos por un hombre. Lo que no lograba era que él la admirase a ella, y acaso se enamorase, si es que ambos sentimientos eran compatibles desde el punto de vista masculino. Se entendían de maravillas y no dejaban de hacerse bromas cuando estaban juntos, pero un aura de fría distancia envolvía al alemán, o en rigor suizo, que parecía siempre sumergido en otro mundo y desde allí asentir y sonreír, como asienten y sonríen los músicos al tocar su instrumento, aunque al empuñar su violín parecía

paradójicamente despertarse y acercarse, estar presente. Tal vez si ella hubiera tocado un instrumento habría podido conectarse con él, como a todas luces lo habían hecho la “joven viuda alegre” (así la llamaba Einstein, seguro que para provocarle celos a ella) o la hermosa chilena (de una belleza injusta, ofensiva para el resto de las pasajeras) con las que había musicalizado los homenajes a Neptuno, además de vaya una a saber qué otras celebraciones menos públicas.

Elsa no habría sabido qué hacer exactamente con el éxito presunto que les envidiaba a las otras, así como tampoco había sabido manejar su éxito literario. Veía la posibilidad de una conquista y en eso ponía toda su energía, como un escalador que se siente atraído por una montaña y se propone escalarla y la escala, pero una vez que llega a la cumbre todo lo que puede hacer es abandonarla para volver al llano. Le habría gustado alegar que lo que le importaba no era el pico sino el ascenso, si no fuera porque quedar a mitad de camino la frustraba hasta hacerla arrepentirse de haberlo encarado, lo mismo que empezar un texto y no terminarlo, o terminarlo y no conseguirle editor, o que se editara y no lo comprara nadie. La meta de una conquista estaba en la próxima, en la acumulación de cumbres, solo que Elsa, con casi medio siglo de vida, y una figura que ya no era la de sus años salvajes, por más que siguiera conservando sus agallas de felino, ya no podía escalar cualquier montaña.

El problema, con todo, no era en este caso la edad, ni ese cuerpo ya sin curvas, macetón, que solo lograba rejuvenecer a los ojos de quien se entregara a sus íntimas destrezas; el peor defecto de Elsa era que se parecía demasiado a la esposa de Einstein, también llamada Elsa. El mismo nombre, la misma edad, el mismo aspecto físico, tanto de rostro como de cuerpo, y hasta la misma pasión por actuar (la esposa de Einstein había

estudiado para actriz) asustaron desde un principio a la presa de la pantera, que llegó a preguntarse si no serían parientes, entre ellas y por ende entre ellos (la esposa de Einstein era también su prima).

Con el correr de los días, Einstein se acostumbró a estas turbadoras y nada erotizantes similitudes, sobre todo porque fueron cediendo ante las no menos palmarias diferencias intelectuales y de carácter. La lucidez y el desequilibrio de esta otra Elsa más bien le recordaban a Mileva Marić, su primera mujer y madre de sus dos hijos, o acaso tres, como se develará a su debido tiempo en esta novela relativamente de espionaje. También ella, la oscura y brillante Mileva, había nacido en una familia acomodada de Europa del Este y había sido una de las primeras mujeres en asistir a la universidad, en su caso a la carrera de matemáticas y física, de la que era la única alumna mujer y en donde conoció a Albert. Si Mileva lo ayudó o no a desarrollar sus teorías, o incluso si no fue ella la verdadera autora de los artículos que revolucionaron nuestra concepción del universo, como podría deducirse del hecho documentado de que Einstein le cedió el dinero del premio Nobel antes aun de ganárselo, según parece a cambio de que ella le concediera a su vez el divorcio, aunque los biógrafos feministas adelanten la otra interpretación; si Marić era tan o más genial que su marido es algo que aquí no estamos en condiciones de decidir, lo que importa destacar es que era un talento en lo suyo, como también lo había sido Jerusalem cuando todavía se llamaba Kotányi, pero que luego quedó embarazada la misma cantidad de veces que la escritora y su genio, o al menos lo que trascendió de él, se diluyó.

Gracias en parte a estas coincidencias con su antigua esposa es que Einstein dejó de ver reflejada a su esposa actual en esa versión austríaca que se había encontrado en el barco. Eso

cambió abruptamente cuando llegaron a Buenos Aires y Elsa Jerusalem se coló en la foto de bienvenida, con el fin de aparecer en las portadas de los periódicos. Por culpa de esta vanidosa todas las mujeres del país van a creer que realmente vine con la mía, pensó Einstein, mientras se reía del chiste que la otra acababa de hacerle. Por dentro, sin embargo, no reía. Además de controlarlo durante el viaje, al punto de impedirle intimar con la chilena o con la viudita, esa mujer pretendía arruinarle de antemano cualquier tipo de oportunidad amorosa en tierra. ¿Se podía tener tanta mala suerte de viajar hasta el fin del mundo, por una vez en soledad, y caer allí en garras de una europea, para colmo calcada de la que se había dejado del otro lado del océano?

La foto en *El Hogar* no engañó solo a las mujeres, sino también a los historiadores. Varios son, hasta el día de hoy, los que insisten en consignar que Einstein no vino solo. El dato lleva tantas décadas en circulación que ya exige cierto celo investigativo poder afirmar a ciencia cierta su falsedad, a la vez que alienta el justificado presentimiento de que a la larga deje de saberse si los invitados fueron efectivamente uno o fueron dos. La inexactitud, por alevosa, despierta sospechas. Mientras que puede considerarse casual una omisión (la de Elsa Einstein, si hubiera venido), una adición tiene que ser deliberada, sobre todo si proviene de plumas eruditas como las de los historiadores Abraham Pais, Lewis Pyenson y Miguel de Asúa, por solo nombrar a tres de los que se encargaron de difundir el desatino. ¿Nace la confusión de esta foto, o se aprovechó de ella para crecer y expandirse? El misterio parece menor, y sin embargo es uno de los más grandes que envuelven la visita de Einstein a nuestro país. Es para resolverlo que esta novela, basada en hechos relativamente reales, se propone acompañar

al huésped durante su estadía hasta la noche crucial del 1.º de abril, la del doble crimen que no quedó consignado en su diario íntimo.

—¿Aquella es su mujer? —preguntó uno de los fotógrafos, confirmando los peores temores de Einstein.

—No, no —se apresuró a contestar el momentáneo soltero, primero en alemán, después en francés y recién al final, tras una breve pausa, en el idioma en que había sido interrogado—. No, no lo es.

—¡Una foto con su esposa! —pidió sin embargo otro fotógrafo, en un inglés más tergiversado por el acento del idioma propio que el de Einstein.

—Pero no es su esposa —le aclaró Nirenstein en castellano.

—¿Vino solo? —se sorprendió entonces una voz femenina, la única entre todos los reporteros que se agolparon junto a la planchada de desembarque, con el tono de fascinada curiosidad que según cuentan los biógrafos despertaba nuestro huésped entre las mujeres, lo cual, como vemos, es totalmente cierto.

—Mejor así —comentó otro curioso—. Muchas mujeres bonitas aquí.

Einstein no entendió si el hombre había dicho bonitas (*pretty*) o fáciles (*easy*), o incluso si no había usado una mezcla de ambas palabras (*preasy*) que acaso fuera la forma de referirse a las ramera en el argot local. Ya en Japón le había ocurrido que le hablaran de las geishas, y hasta le ofrecieran sus servicios, sin que él comprendiera a tiempo la palabra que habían usado para mencionarlas (*geisha*, precisamente), y no quería que eso volviera a suceder ahora, que además viajaba solo y le hubiese resultado más sencillo aceptar el convite.